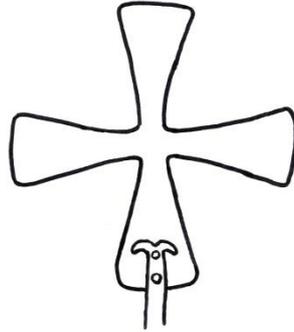


# ABACUS



*Revista de la Asociación BAUCAN*

*ISSN 1889-8800*

[www.abacus.org.es](http://www.abacus.org.es)  
[info@abacus.org.es](mailto:info@abacus.org.es)

[www.baucan.org](http://www.baucan.org)

**THOMAS MERTON (1915-1968):**  
**Moralmente consecuente y éticamente responsable.**  
**En el 50 aniversario de su muerte.**

**A**l cumplirse el cincuentenario de la muerte del monje cisterciense y escritor estadounidense Thomas Merton parece conveniente destacar algunos de los rasgos de su personalidad y su compromiso moral y ético con el mundo<sup>1</sup>.

Cuando las personas alcanzan cierta relevancia en la esfera de lo público, bien desde las vertientes culturales o políticas es normal que sus vidas despierten interés. En el caso de Thomas Merton la influencia está bien cimentada en sus escritos publicados y ampliamente difundidos a nivel mundial<sup>2</sup>; su vida estuvo marcada por dos pasiones: querer sentirse moralmente consecuente y éticamente responsable. Estas dos actitudes fueron creciendo a lo largo de su vida, trabajadas con paciencia de monje y acrisoladas por una vida de compromiso personal compartido con otras muchas personas. Su obra escrita, libros y correspondencia, y su testimonio personal en diversos acontecimientos de la época que vivió, dieron a su vida una dimensión profética y a su testimonio personal una fuerza que no ha dejado de llegar hasta el presente.

Su muerte, acaecida en Bangkok, y a miles de kilómetros de su monasterio, fue un martirio incruento en aras de la libertad humana y entrega a los ideales asumidos y desarrollados durante toda su vida<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> THOMAS MERTON, monje cisterciense (1915-1968) escritor. Nace en Francia, y hasta los 27 años vive en Francia (infancia y primeros estudios), Inglaterra (formación universitaria) y Estados Unidos (profesor de literatura inglesa en la universidad de Columbia). En 1942 ingresa en la abadía Cisterciense de Gethsemani, en Kentucky, donde pasa la mayor parte de su vida, con escasísimas salidas al exterior —en contra de lo que comúnmente se piensa—. Muere en Bangkok el 10 de diciembre de 1968, cuando asiste a una reunión de maestros de espiritualidad monástica. Es considerado uno de los mayores testigos de la espiritualidad y la contemplación del siglo XX. Conocido fundamentalmente por sus libros, que alcanzaron gran difusión a través de traducciones a otras lenguas, fue una mente abierta al devenir de su tiempo, interesado e involucrado en el testimonio personal y profético de los valores éticos y morales de su época, en contacto con pensadores, escritores y maestros espirituales de diversas tendencias y religiones. Creyente ferviente y crítico se considera siempre a sí mismo “en el vientre de la paradoja” en búsqueda permanente de la integración final de todos los seres en el plan universal de salvación y realización en este mundo.

<sup>2</sup> Todos los escritos de T. Merton y una gran parte de los estudios en español sobre él pueden consultarse en el *Diccionario de Thomas Merton*, por W. H. Shannon, C. M. Bochen, P. F. O’Connell, edición conmemorativa del Centenario del nacimiento de T. M., Ed. Mensajero, Grupo Ed. Loyola y Revista *Cistercium*, Bilbao, 2015. Bibliografía completa en inglés y español al final y biobibliografía de Thomas Merton al inicio.

<sup>3</sup> Los detalles y el “prólogo” de la muerte en Bangkok están recogidos en *El Diario de Asia*, publicado en inglés en 1975 y en 2001 en español, Ed. Trotta, Madrid. Lo más reciente que conocemos sobre este

## I. Coherencia y conflicto en los relatos de vida

Es de sobra conocido que gran parte de la obra escrita de Merton está contenida en sus *Diarios*, de varios tipos, formas y épocas<sup>4</sup>. Pero quizá el libro que mejor lo representa y más lo ha dado a conocer es *La montaña de los siete círculos*, publicado en inglés en 1948, cuando tiene 33 años de edad y 6 de vida monástica<sup>5</sup>.

¿Por un monje tan poco experimentado escribe una obra que le enfrentará con su propia Orden cisterciense? ¿Qué es lo que pretendía el joven exprofesor de la Universidad de Columbia al lanzarse a un género tan proceloso como la autobiografía y mostrarse ante el mundo como un innovador dentro del ambiente de la literatura espiritual reinante en el catolicismo de su tiempo?

Muchas han sido las explicaciones que se han querido dar a estas preguntas; pero a los cincuenta años de su muerte, y tras seguir de cerca su producción literaria posterior, quizá estemos ante un nuevo paradigma mertoniano.

Thomas Merton escribe por los años de *La montaña* algunos libros y folletos que más tarde lamentaría, escritos más en consonancia con lo que se esperaba de un monje y más acorde con la espiritualidad monástica reinante<sup>6</sup>. Pero su autobiografía monástica se transforma en un revulsivo para él y para el mundo de la literatura católica. El monje oculto en la abadía de Gethsemani, en Kentucky, pasa a ser el católico más leído por aquellos años en Estados Unidos.

No vamos a entrar ahora en el análisis, la oportunidad y consecuencias de esta obra<sup>7</sup>. Lo que realmente creemos que interesa ahora es tratar de mostrar que cuando el monje escritor redacta su autobiografía comienza a forjarse la estructura moral consecuente y la visión ética responsable en su vida, como persona “convertida”, monje contemplativo y escritor por vocación. *La montaña de los siete círculos* no es un

---

hecho luctuoso está contenido en el estudio periodístico *The Martyrdom of Thomas Merton. An investigation*, por Hugh Turley y David Martin, McCabe Publishing, Hyattsville, Maryland, 2018.

<sup>4</sup> Indicamos sólo los títulos. Los detalles de edición pueden verse en el citado Diccionario, pág. 625: *Diario de Asia, Dos semanas en Alaska: Diarios, cartas, conferencias, Diario de un ermitaño: Un voto de conversión, Diarios 1964-1965, La vida íntima de un gran maestro espiritual*: vol. I, *Diarios (1939-1960)*; vol. II, *Diarios (1960-1968), Diario secular de Thomas Merton, Thomas Merton: Diarios (1939-1968)*. También algunos de sus libros fueron escritos a modo de diarios, bien de sus lecturas o de sus experiencias monásticas: *El signo de Jonás y Conjeturas de un espectador culpable*.

<sup>5</sup> *La montaña de los siete círculos*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires 1998<sup>6</sup>. Todas las ediciones contienen la traducción de Aquilino Tur. En España distribuye Edhasa, Barcelona 2010.

<sup>6</sup> 1948: *What Is Contemplation?* [¿Qué es contemplación?]; *Cistercian Contemplatives*; *The Spirit of Simplicity*; *Exile Ends in Glory* [El exilio y la gloria]; *Guide to Cistercian Life* [La vida cisterciense].

<sup>7</sup> De nuevo remitimos al *Diccionario de Thomas Merton*, entrada: “Montaña de los siete círculos, La”.

ejercicio literario sin más, sino una toma de postura consciente que asume los riesgos de la crítica general y de la autocrítica personal. Esto último nos parece lo más relevante ahora<sup>8</sup>. Merton teje con esmero un relato sobre cómo, mediante una travesía peligrosa, el yo se distancia del caos del estado inconverso para encontrar su realización reconciliado en Dios. Conforme avanza la obra, el yo y el relato van haciéndose más coherentes entre sí, y los aspectos caprichosos de la experiencia se entrelazan conjuntamente en un todo santificado. Las páginas del libro nos sitúan ante una imagen del viaje o travesía del yo hacia su identidad verdadera y su hogar espiritual.

Esto, lógicamente, no está exento de conflicto. El escritor que Merton llevaba oculto dentro de su maletín cuando ingresó en el monasterio, por fin ha salido; pero su conciencia bien afirmada de monje también desea deplorar su protagonismo para someterse y presentarse, como criatura, ante Dios como el autor de su vida y de su vida y de su texto. Con otras palabras, desea a la vez “escribirse” y “no escribirse”, y la obra atestigua el sufrimiento generado por estos deseos en conflicto, no los conflictos de su vocación, como pensaron algunos y, de ahí el escándalo monástico que se siguió. Pocos descubrieron que la autobiografía era a la vez género literario, espiritual y teológico. El impacto que causó fue para muchos más bien perturbador y radical, un vino nuevo que rompía los odres viejos. En el pasado se denominaba “biografía espiritual”, un término amplio que incluye la reflexión biográfica sobre las vidas ejemplares de los «santos» y también los escritos autobiográficos de tipo confesión. En la actualidad, se denomina más frecuentemente relato de vida espiritual, reconociendo así que comparte muchos elementos con otras formas de producción literaria. Por eso Merton lamentó más tarde la publicación de *El exilio y la gloria*, considerándola la peor de sus obras<sup>9</sup>. No estaba de acuerdo con el enfoque, fue algo que no quiso para él mismo y se sintió frustrado como escritor; pero era lo que se le pedía cara a los lectores monásticos, entre los que tuvo mucho éxito.

Lo que Merton parece querer intentar en su autobiografía no es ofrecer un relato “moralizante” sobre la vida monástica; sino afirmar en primera persona y ante su mundo

---

<sup>8</sup> Para esta sección nos hemos inspirado en el excelente trabajo de Heather Walton, “La teología y nuestra forma de vivir hoy: una teopoética del relato de vida”, aparecido en la revista *Concilium*, n° 373, noviembre de 2017, pp. 11-24, dedicado a “Teología y literatura”. También hemos consultado sus dos obras *Writing Methods in Theological Reflection* (2014) y *Not Eden: Spiritual Life Writing for This World* (2015).

<sup>9</sup> *Exile Ends in Glory: The Life of a Trappistine, Mother M. Berchmans, O.C.S.O. El exilio y la gloria*, Nuevo Extremo, Buenos Aires 1960. También en Editorial Sudamericana, Buenos Aires 1961; Pomaire, Santiago de Chile- Barcelona 1969.

la confirmación de una perspectiva religiosa según la cual la felicidad sea el vaciamiento de uno mismo y la satisfacción se encuentra más en las relaciones que en las cosas, así como la simplicidad puede conducir a una vida más plena. En particular, le interesaba expresar cómo cada uno de los capítulos de su vida podría llegar a ser una forma de pedagogía que ilustrara a los lectores contemporáneos un modo de responder al amor y a la llamada de Dios. Sólo esa respuesta podía capacitar a la persona para desarrollar en sí misma un entramado moral consecuente y una responsabilidad ética madura que no se dejaran guiar por prescripciones y normas asumidas por costumbre.

En esta intención pedagógica, Merton se alinea con un motivo agustiniano dominante, que podría describirse como la resolución melódica del movimiento del pecado a la gracia. De hecho, su principal preocupación es el trayecto del yo desde la alienación hasta la reconciliación con lo divino, y espera, prestando suma atención a los procesos de su vida, ayudar a sus lectores a emprender esa misma peregrinación y que asuman las formas del mismo viaje espiritual arquetípico. Al igual que en Agustín, este implicaba un despertar a lo divino como resultado de un proceso de transformación y de reajuste de la voluntad y de la orientación hacia los otros.

En el epílogo de *La montaña*, un texto bellísimo, Merton no minimiza con un lenguaje edulcorado los numerosos dilemas teológicos que encontramos al abordar los temas desafiantes de la encarnación y del deseo, que han sido el centro de un extenso debate en la última mitad del siglo pasado. La Iglesia sigue luchando con los desafíos éticos de nuestra forma de vida actual. Sin embargo, independientemente de las propias convicciones éticas, no cabe la menor duda de que el relato de vida que emerge de contextos de conversión, sufrimiento y de deseo intensos nos lleva a nuevas perspectivas sobre el gemido de la creación que sufre dolores de parto como también sobre los dolores de parto de nuestro Creador en este proceso. Merton engrandece su personalidad en este epílogo, siente su tremenda responsabilidad moral como ser humano:

*Tendrás dones, y te abrumarán con su peso. Tendrás placeres en la oración, y te enfermarán y huirás de ellos.*

*Y cuando hayas sido ensalzado un poco y amado un poco. Yo te quitaré todos tus dones y todo tu amor y toda tu vanagloria y quedarás completamente olvidado y abandonado y no serás nada, una cosa muerta, un desecho.*

*Y en ese día empezarás a poseer la soledad que tanto tiempo has anhelado. Y tu soledad producirá inmenso fruto en las almas de hombres que no conocerás nunca en la tierra.*

*No preguntes cuándo será o dónde será o cómo será. En una montaña o*

*en una prisión, en un desierto o en un campo de concentración o en un hospital o en Gethsemani. No importa. Por tanto, no me lo preguntes, porque no te lo diré. No lo sabrás hasta que estés en ella.*

*Pero gustarás la verdadera soledad de mi angustia y mi pobreza y te conduciré a las cimas más altas de mi gozo y morirás en Mí y encontrarás todas las cosas en Mi misericordia que te ha creado para este fin y te ha llevado desde Prades a Bermuda, a Saint Antonin, a Oakham, a Londres, a Cambrige, a Roma, Nueva York, Columbia, a Corpus Christi, a San Buenaventura, a la abadía cisterciense de los pobres que trabajan en Gethsemani: Para que seas el hermano de Dios y aprendas a conocer al Cristo de los hombres abrasados.*

## **II. La “revelación” de los otros.**

El 19 de marzo de 1958, Thomas Merton escribió en su diario personal acerca de una experiencia que había tenido mientras estaba en Louisville el día anterior<sup>10</sup>. Comienza la entrada señalando que la escribe en la ermita de Santa Ana. “Qué rico ha sido para mí el silencio de esta casita, que no es más que un cobertizo para guardar las herramientas”. En 1953 el abad James Fox le había dado permiso para pasar un tiempo allí. Es notable que sea en la soledad de este cobertizo, convertido en ermita, donde Merton informe y medite sobre una experiencia espiritual que tuvo lugar no en Gethsemani, sino en mitad de Louisville, ciudad vecina al monasterio, y aun así le dio una nueva percepción del significado de su vocación por la soledad.

Escribe:

*Ayer, en Louisville, en la esquina de las calles Cuarta y Walnut, comprendí de pronto que yo amaba a todo el mundo y que nadie me era o podía ser totalmente extraño. Fue como si despertase de un sueño: el sueño de mi distanciamiento, de la vocación especial de ser diferente. Realmente, mi vocación no me hace diferente del resto de los hombres ni me sitúa en una categoría especial, a no ser de manera artificial, jurídicamente. Yo sigo siendo un miembro de la raza humana, y ningún otro destino es más glorioso para el hombre, si tenemos en cuenta que la Palabra se hizo carne, convirtiéndose también en miembro de la Raza Humana. ¡Gracias, Dios! ¡Gracias, Dios! Yo soy un miembro más de la raza humana, como el resto de los seres humanos. ¡Tengo la inmensa satisfacción de ser un hombre! ¡Como si los sinsabores de nuestra condición pudieran importar realmente cuando empezamos a entender quiénes somos y lo que somos, como si pudiéramos empezar alguna vez a comprender esto en la tierra!*

---

<sup>10</sup> Thomas Merton, *Diarios 1939-1968*, Ed. Mensajero-Grupo Editorial Loyola, Bilbao 2014, pp. 124-125.

En el segundo relato de su experiencia de la Cuarta con Walnut, ampliado hasta ocupar más de dos páginas en *Conjeturas de un espectador culpable*<sup>11</sup> califica la idea de “una existencia santa aislada” de ficticia: “La ficción de que haciendo unos votos nos convertimos en una especie diferente de seres, pseudoángeles, ‘hombres espirituales’, hombres de vida interior, qué sé yo”. Esta “sensación de liberación” fue un “alivio” y una “alegría”. “Gracias a Dios, gracias a Dios que soy como los demás hombres”. Celebra el “glorioso destino” de ser “miembro de la raza humana”, raza “en la que se encarnó el mismo Dios”. “¡Ojalá se dieran todos cuenta de ello! Pero no se puede explicar. No hay modo de decirle a la gente que todos andan por ahí resplandeciendo como el sol” (p. 158).

A la luz de su epifanía de la Cuarta y Walnut, Merton reinterpreta su soledad. Su soledad no le pertenece exclusivamente a él. Aunque la soledad implica la responsabilidad de estar solo, “Cuando estoy solo, ellos no son ‘ellos’ sino yo mismo. ¡No hay extraños!” (p. 158).

Volviendo a su visión, escribe:

*Entonces fue como si de repente viera la belleza secreta de sus corazones, las profundidades de sus corazones donde ni el pecado ni el deseo ni el conocimiento de uno mismo pueden llegar; el núcleo de su realidad, la persona que es cada uno a los ojos de Dios* (p. 158).

Utiliza una fórmula, tomada de Louis Massignon, para expresar lo que vio que era la realidad más profunda de la persona: *le point vierge*. Literalmente, la expresión significa “el punto virgen”, pero, señalando que no se puede traducir, Merton escribe:

*En el centro de nuestro ser hay un punto de nada que no ha sido tocado por el pecado ni por la ilusión, un punto de verdad pura, un punto o chispa que pertenece a Dios por completo..., este pequeño punto de nada y de absoluta pobreza es la gloria pura de Dios en nosotros* (p. 158).

Compara este punto o chispa con “un diamante puro, que brilla con la luz invisible del cielo”, y proclama que está “en todos, y si pudiésemos verla veríamos esos billones de puntos de luz uniéndose en la superficie y el resplandor de un sol que haría desvanecerse por completo toda la oscuridad y la crueldad de la vida” (p. 158).

---

<sup>11</sup> Thomas Merton, *Conjeturas de un espectador culpable*, traducción de José María Valverde, revisión de Francisco Rafael de Pascual y Ramón Alfonso Díez Aragón, Sal Terrae, Santander 2011, pp. 140-142, 156-158.

La visión de Merton en Louisville el 8 de marzo de 1958 expresó y ha venido a simbolizar su percepción transformada de la humanidad, de los monjes y de sí mismo. Para Merton, esta experiencia fue un momento de epifanía, un percatarse de lo divino puesto de manifiesto en medio de lo humano. Su visión de una humanidad común compartida aclaró su comprensión de lo que significaba para él ser monje y del tipo de monje que debía ser. La experiencia simbolizó un punto de inflexión en su vida. Junto con el incremento de sus contactos con pensadores y escritores de todo el mundo, marcó el principio de su “regreso al mundo”, que había creído dejar atrás cuando ingresó en el monasterio.

En los años posteriores a la visión de Louisville, al tiempo que la contemplación seguía alimentándole y la compasión inflamándole, empezó a escribir sobre multitud de asuntos sociales, incluidos la guerra y el racismo. Se había dado cuenta no solo de que no estaba apartado de la raza humana, sino también de que, como todo el mundo, compartía la responsabilidad ética del futuro de la humanidad.

### **III. Paz personal, paz social: testimonio profético**

Los escritos de Merton sobre la paz van mucho más allá de las consideraciones filosóficas o místicas que un contemplativo pueda realizar en su celda. Al comienzo de *La montaña de los siete círculos* confiesa que

*En el último día de enero de 1915, bajo el signo de Acuario, en un año de una gran guerra y a la sombra de unas montañas francesas de la frontera con España, vine al mundo. Libre por naturaleza, a imagen de Dios, fui sin embargo prisionero de mi propia violencia y mi propio egoísmo, a imagen del mundo al cual había venido. Ese mundo era el retrato del infierno, lleno de hombres como yo, amantes de Dios y no obstante aborreciéndolo, nacidos para amarle y viviendo en cambio con temor y desesperadas apetencias antagónicas. A no muchos centenares de millas de la casa donde nací estaban recogiendo a los hombres que se pudrían en las enfangadas zanjas, entre los caballos muertos y los derrengados cañones de setenta y cinco, en un bosque de árboles sin ramas, a lo largo del río Marne. Mi padre y mi madre eran cautivos de ese mundo, sabiendo que no vivían con él ni en él, y con todo incapaces de huir de él...*

Eran los tiempos de la I Guerra Mundial. La segunda la vivió en los tiempos de su juventud, quizá con algo de inconsciencia e incapaz de sentir “patriotismo”, se libró de ser reclutado; pero perdió a su querido hermano en el Canal de la Mancha. La guerra

de Vietnam la vivió intensamente en sus tiempos de madurez humana y literaria con arranques y declaraciones proféticas. Posiblemente sus textos inspiraron a Juan XXIII y sus colaboradores para la redacción de la encíclica *Pacem in terris*.

Durante toda su vida monástica se planteó la cuestión de la paz personal y la paz social, y se lo planteó desde una postura que siempre le caracterizó, la obligación ética de llegar a establecer puntos de partida concretos para obtener resultados duraderos:

*SI ME ATREVO, en estas pocas palabras, a hacerle unas cuantas preguntas directas y personales, es porque me las dirijo tanto a mí mismo como a usted. Es porque todavía soy capaz de tener esperanzas de que puede haber un intercambio cortés de ideas entre dos personas; que todavía no hemos alcanzado la fase en que todos estemos herméticamente cerrados, cada cual en la arrogancia colectiva y la desesperación de su propio rebaño. Si parece que tengo prisa por aprovechar la situación que todavía existe, es, francamente, porque a veces noto que no puede seguir existiendo mucho tiempo. En todo caso, creo que todavía somos lo bastante "personas" como para darnos cuenta de que tenemos una dificultad en común, y tratar de resolverla juntos. Escribo esto, pues, con la esperanza de que todavía podamos salvarnos de convertirnos en números<sup>12</sup>.*

Para Merton el problema de la paz y de la guerra está íntimamente vinculado al de la integración final de la persona y al sentido de responsabilidad colectivo de salvaguardar ante todo la dignidad del ser humano como persona<sup>13</sup>.

Cuando Thomas Merton habla sobre la paz en sus primeros escritos, habitualmente se centra en la paz como cualidad espiritual, como un estado interior. En *Semillas de contemplación* afirma que la paz requiere desprendimiento, incluso del deseo de la paz misma. Sólo la búsqueda de la voluntad de Dios traerá la paz incluso en medio del conflicto y de la agitación, mientras que buscar algún tipo de tranquilidad

---

<sup>12</sup> Thomas Merton, *Incursiones en lo indecible*, en "Carta a un espectador inocente", Editorial Sal Terrae, Santander 2004, p. 57.

<sup>13</sup> Los escritos sobre la paz y la guerra de Thomas Merton son muy variados y de un espectro muy amplio, forzados a veces por las circunstancias y el compromiso personal. Son los siguientes: *La Paz monástica*, en *Pensamientos de la soledad y la paz monástica*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires 1960; publicado también en la revista *Cistercium* 13 (1961), 180-186, 284-296; 14 (1962), 173-182; 15 (1963), 16-29. *Paz en tiempos de oscuridad: El testamento profético de Thomas Merton sobre la guerra y la paz*, Desclee de Brouwer, Bilbao 2006. *Paz personal, paz social*, selección y presentación de textos de Miguel Grinberg, Errepar, Buenos Aires 1999. *Pensamientos en la soledad: Ansiedad y reconciliación en el corazón humano*, Lumen, Buenos Aires 2000. *Semillas de destrucción*, Pomaire, Barcelona 1966; contiene una carta de Thomas Merton a modo de prefacio exclusivo para esta edición y los artículos siguientes: "La revolución negra: "Cartas a un blanco liberal"; "La leyenda de Tucker Caliban"; "Los cristianos en crisis mundial: Reflexiones sobre el clima moral de los años sesenta"; "Cartas en un tiempo de crisis". *Niña bomba original*, traducción de Mary-lú Sananes y Jaime López-Sanz, LAM, Caracas 1965.

interior como un fin en sí mismo, o con el propósito de alcanzar alguna “sensación” o “experiencia” de paz, es arriesgarse a malinterpretar la voluntad de Dios. La paz se hace presente porque Dios está presente, aunque puede no experimentarse siempre como presente. Las consolaciones sensibles, las sensaciones de paz, pueden ser signos del contacto con Dios, pero son “accidentales”, no resultan esenciales para una auténtica unión, y al preocuparnos por ellas se puede “perder la única realidad importante, la unión con la voluntad de Dios, sin la cual la verdadera paz es completamente imposible”<sup>14</sup>. Aquí, como en cualquiera de sus escritos sobre la paz interior, el énfasis que Merton pone en la conexión entre la voluntad divina y la paz recuerda al famoso verso de Dante en el *Paraíso*: “En su voluntad está nuestra paz”.

Como dice en su opúsculo *Orar con los Salmos*, “la paz en la voluntad de Dios... es el fundamento sobre el que los salmistas construyen su edificio de alabanzas... la paz que nace de la sumisión a la voluntad de Dios y de la total confianza en Él”<sup>15</sup>.

La relación que existe entre paz interior y paz social ya se apunta en *Los hombres no son islas*, en donde Merton afirma que es esencial estar en paz con uno mismo si se desea colaborar en la construcción de un mundo en paz. “Un hombre que no está en paz consigo mismo proyecta necesariamente sus luchas internas sobre la sociedad y sobre aquellos con los que vive, y contagia de conflicto todo lo que tiene alrededor”<sup>16</sup>. Incluso el bien que una persona así intente hacer no servirá de nada, porque no se hace como fruto de la paz, sino como un intento de llevar a cabo una buena obra y así escapar de la infelicidad mediante el propio esfuerzo. Lo que aquí apunta Merton es muy parecido a lo que hará más tarde en *Conjeturas de un espectador culpable*, cuando habla sobre la tentación de un tipo de activismo demoníaco y del esfuerzo excesivo como una forma de violencia: “El frenesí del activista neutraliza su trabajo por la paz. Destruye su capacidad interior para alcanzar la paz. Destruye los frutos de su propio trabajo porque mata la raíz de la sabiduría interior que hace que el trabajo sea fructífero”<sup>17</sup>.

La verdadera solución, según Merton, es “aprender a desprendernos de los resultados de nuestra propia actividad... Sólo cuando nos desprendemos de nosotros mismos podemos estar en paz con nosotros mismos” (*Los hombres no son islas*, p. 121). Esta es una lección que él verá ejemplificada sobre todo en Gandhi, quien muestra con

---

<sup>14</sup> Thomas Merton, *Semillas de contemplación*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires 1952, p. 142.

<sup>15</sup> Thomas Merton, *Orar los salmos*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2005, p. 17.

<sup>16</sup> Thomas Merton, *Los hombres no son islas*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires 1956, 2000, pp. 152-156.

<sup>17</sup> Thomas Merton, *Conjeturas de un espectador culpable*, Ed. Sal Terrae, Santander 2011, p.73.

nitidez la conexión que existe entre paz interior y paz exterior. Para Gandhi, el camino de la paz es el camino de la verdad, y la “verdad primera y fundamental es respetar nuestro ser más profundo, y esto implica, a su vez el recuerdo y la consciencia que nos pone en armonía con ese silencio en el que sólo el Ser, en toda su sencillez, habla con nosotros” (*Semillas de destrucción*, p. 232). La verdadera paz, por tanto, requiere un cierto distanciamiento y desapego de las ocupaciones y de la sobreestimación de una sociedad que mide el valor por el éxito, y exige, por consiguiente, según la clásica formulación hindú, desprendimiento de los frutos de las propias acciones.

Así pues, en el desarrollo del pensamiento de Merton sobre la paz se da una conexión intrínseca y crucial entre la paz interior y la exterior, entre la paz como un don y la paz como una tarea. La idea de trabajar —o incluso la de “luchar” por la paz— puede fácilmente conducir a la justificación de casi cualquier forma de violencia y coerción en el nombre de la paz. Merton sugiere: “Si tú mismo estás en paz, entonces hay *algo* de paz en el mundo. Comparte, pues, tu paz con todos, y todos estarán en paz” (*Conjeturas de un espectador culpable*, p. 181). Reconoce que un programa así puede parecer simplista, pero hace hincapié en la primacía de lo espiritual sobre la política a la hora de trabajar por la paz; la acción política es, por supuesto, necesaria (*Semillas de destrucción*, p. 171); pero resulta insuficiente e incluso contraproducente si no se basa en un compromiso por la paz como realidad espiritual.

Este reconocimiento de la importancia de fundamentar lo político en lo espiritual resulta particularmente evidente en la sección que abre el escrito de Merton *La paz monástica*, publicado en el año crucial de 1958, el año en que tuvo la experiencia ya referida en Louisville, en la calle cuarta con Walnut. En él afirma que la paz auténtica se encuentra en los corazones de aquellos “que son sabios porque son humildes, lo suficientemente humildes como para estar en paz en medio de la angustia, para aceptar el conflicto y la inseguridad y superarlos con amor, porque saben quiénes son y, por lo tanto, poseen la libertad, que es su verdadera herencia”<sup>18</sup>. La verdadera paz la encuentran sólo aquellos que renuncian al egoísmo y redescubren su propio yo en Cristo, porque la paz que el mundo no puede dar, la paz que Cristo exhaló sobre sus discípulos, “no es una cosa, o una práctica, o una técnica: es Dios mismo en nosotros. Es el Espíritu Santo” (p. 40). A todos los que están unidos a Cristo se les ha concedido el privilegio y el deber de ser constructores de la paz. El laico “debería construir la paz en su hogar, pero debería también difundir la paz en la comunidad en la que vive y

---

<sup>18</sup> Thomas Merton, *El camino monástico*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1986, pp. 40-43.

dedicarse, en la medida de sus posibilidades, a la causa de la paz y del orden en su país” (p. 42). El monje está llamado a crear una imagen de lo que es la paz, un signo de la ciudad celestial, formando una auténtica comunidad y, por tanto, proporcionando una “visión de la paz, una ventana abierta a una perspectiva completamente distinta, una nueva creación, un paraíso terrenal en el que Dios habita de nuevo con los hombres y es, casi de manera visible, su paz y su consuelo” (p. 43).

En los dos años que tarda en escribir este himno a la paz del claustro, Merton descubrirá que su vocación monástica no sólo implica ser signo de la paz de Cristo, sino también un instrumento de esta paz, alzando su voz para llamar a todos los cristianos y a todos los hombres de buena voluntad a encarnar la visión bíblica de la paz en un mundo que se mueve inexorablemente hacia la catástrofe de la guerra.

En su ensayo “Paz: Una responsabilidad religiosa”, asegura que “Cristo mismo es nuestra paz (Ef 2, 14)” y que cada “cristiano es y debe ser, por su misma adopción como hijo de Dios, en Cristo, un pacificador (Mt 5, 9)”<sup>19</sup>. La vocación y la misión de los discípulos de Cristo estriban en “luchar en un mundo de violencia para establecer su paz no sólo en los corazones sino en la sociedad misma”, y en hacerlo siguiendo los pasos del Maestro, que se resistió al mal hasta entregarse a la muerte sin más armas que las del Espíritu. Para los cristianos, la construcción de la paz no es una inercia tranquila, ni una aceptación pasiva de la injusticia, sino fidelidad al ejemplo de Cristo, “que hizo la paz mediante la sangre de la cruz”<sup>20</sup>. La paz de Cristo resucitado es “un don escatológico... un fruto del Espíritu (Gal 5, 22) y un signo de la Divina Presencia en el mundo”<sup>21</sup>.

Al dar testimonio del don de la paz de Cristo, la Iglesia está llamada a ser signo de contradicción y signo de invitación a un mundo que depende de la coerción y de la dominación para instaurar el orden. Para Merton, el compromiso con la paz de Cristo expresado en oposición a la inmoralidad de la guerra moderna es una dimensión intrínseca y central de la auténtica vida cristiana. Es un signo de que el Reino de Dios, el Reino del *shalom*, ya ha comenzado con Cristo y lo viven todos aquellos que profesan la fe en Él. La voluntad de enfrentarse al mal sin más armas que las de Jesús - el poder de la verdad y del amor- hunde sus raíces en la profunda confianza en que, a pesar de toda evidencia de lo contrario, el Príncipe de la Paz reina: “Sobre todas

---

<sup>19</sup> Thomas Merton, *Breakthrough to Peace: Twelve Views on the Threat of Thermonuclear Extermination*, New Directions, New York 1962, pp. 94-95.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 94.

<sup>21</sup> *Semillas de destrucción*, p. 127.

nuestras confusiones, nuestra violencia, nuestro pecado -escribe Merton en su diario en la Nochebuena de 1961- Dios instauró su Reino sin que importe lo que ‘el mundo’ pueda hacer al respecto”<sup>22</sup>. Es esta esperanza escatológica -y no la creencia optimista e ingenua de que los enemigos serán amigos solo si entre ellos se tratan con amabilidad- lo que constituye la verdadera base para construir la paz desde un punto de vista cristiano. El mensaje de los cristianos no es que el Reino podría llegar, que podría instaurarse la paz, sino que el Reino ya está aquí y que habrá paz para aquellos que la busquen.

#### IV. No a la guerra

Cuando llega el momento de “levantar la voz”, Merton encuentra grandes dificultades dentro y fuera de la propia Orden. No se esperaba tal fuerza y compromiso por parte de un humilde monje –aunque fuera él, ya reconocido como influyente escritor- y aunque encontró el apoyo de su superior local, comenzó a hacerse incómodo también en algunos círculos. Su famoso texto “No a la guerra” merece ser reproducido aquí como testimonio profético:

*En primer lugar, cuando escribí este libro<sup>23</sup>, lo que me parecía más evidente era el hecho de que había abandonado el mundo de mi tiempo con toda claridad y con total libertad. La ruptura y la reclusión eran, para mí, cuestiones de la mayor importancia. De ahí el tono más bien negativo de muchas partes de este libro.*

*Desde entonces he aprendido, creo, a mirar al mundo con mayor compasión, viendo a cuantos viven en él no como alienados de mí mismo, no como extranjeros, extraños y engañados, sino como identificados conmigo mismo. Al romper con «su mundo», extrañamente he roto con ellos. Al liberarme de sus engaños y preocupaciones me he identificado, sin embargo, con sus luchas y con su ciega y desesperada esperanza de felicidad.*

---

<sup>22</sup> Thomas Merton, *Journals*, IV, *Turning toward the World: The Pivotal Years (1960-1963)*, Edición de Victor A. Kramer, HarperSanFrancisco, 1996, p. 121.

<sup>23</sup> Merton se refiere a su libro *La montaña de los siete círculos*, y estos párrafos que reproducimos ahora son parte del prólogo que él mismo escribió para la edición japonesa de la misma obra diecisiete años después de la aparición de la primera edición inglesa. (El texto completo puede verse en: Thomas Merton, “*Honorable Reader*”: *Reflections on My Work (The Foreign Prefaces of Thomas Merton)*, Crossroad, New York 1989, pp. 89-91. *Querido lector: Reflexiones sobre mi obra, Prefacios a las traducciones en Oriente y Occidente*, recopilación y traducción de Fernando Beltrán Llavador, Centro Internacional de Estudios Místicos, Ávila 1997. Nueva edición revisada de esta obra por el mismo autor y con el título *La voz secreta: reflexiones sobre mi obra en Oriente y Occidente*, colección “El pozo de Siquem” 143, Grupo de Comunicación Loyola, Sal Terrae, Santander 2015.

*Es mi intención hacer de mi vida entera un rechazo y una protesta contra los crímenes y las injusticias de la guerra y de la tiranía política que amenazan con destruir a toda la raza humana y al mundo entero.*

*A través de mi vida monástica y de mis votos digo NO a todos los campos de concentración, a los bombardeos aéreos, a los juicios políticos que son una pantomima, a los asesinatos judiciales, a las injusticias raciales, a las tiranías económicas, y a todo el aparato socioeconómico que no parece encaminarse sino a la destrucción global a pesar de su hermosa palabrería en favor de la paz.*

*Hago de mi silencio monástico una protesta contra las mentiras de los políticos, de los propagandistas y de los agitadores, y cuando hablo es para negar que mi fe y mi iglesia puedan estar jamás seriamente alineadas junto a esas fuerzas de injusticia y destrucción.*

*Pero es cierto, a pesar de ello, que la fe en la que creo también la invocan muchas personas que creen en la guerra, que creen en la injusticia racial, que justifican como legítimas muchas formas de tiranía.*

*Mi vida debe, pues, ser una protesta, ante todo, contra ellas.*

*Si digo que NO a todas esas fuerzas seculares, también digo SÍ a todo lo que es bueno en el mundo y en el hombre. Digo SÍ a todo lo que es hermoso en la naturaleza, y para que éste sea el sí de una libertad y no de sometimiento, debo negarme a poseer cosa alguna en el mundo puramente como mía propia.*

*Digo SÍ a todos los hombres y mujeres que son mis hermanos y hermanas en el mundo, pero para que este sí sea un asentimiento de liberación y no de subyugación, debo vivir de modo tal que ninguno de ellos me pertenezca ni yo pertenezca a alguno de ellos.*

*Porque quiero ser más que un mero amigo de todos ellos me convierto, para todos, en un extraño.*

En la introducción especial de su capítulo sobre la guerra en *Nuevas Semillas de Contemplación*, editada en octubre de 1961, en la edición del *Catholic Worker*, Thomas Merton declaró: “La única tarea impuesta por Dios para el mundo de hoy... es trabajar hacia la abolición total de la guerra” (*Passion for Peace*, p. 12). La importancia única atribuida a esta tarea no solamente nos indica del peligro crítico en que se encontraba el mundo a principios de 1960, pero también su convicción de que la oposición a la guerra, en particular la guerra nuclear, es la dimensión intrínseca de una auténticamente moral cristiana y vida espiritual. El fracaso de confrontar la cuestión de la guerra era para Merton la abdicación de la responsabilidad cristiana en la afirmación de la dignidad humana de cada persona y de amar al prójimo como a sí mismo.

Aunque la aparición de *Nuevas Semillas de Contemplación* marca la entrada de Merton al foro público, al menos por un tiempo, sobre cuestiones de guerra y paz, no hay señal de ningún cambio de dirección radical en sus convicciones sobre la guerra. Tan pronto como en abril de 1948 deploró la falta de denuncia de los teólogos contra la amenaza de la guerra nuclear, en una carta de marzo de 1955 dirigida a Erich Fromm

escribió: “Me parece que no existen circunstancias que confieran legitimidad a la guerra atómica. El axioma *non sunt facienda mala ut eveniant bona* (no se debe hacer un mal para conseguir un bien) es aplicable aquí más que nunca.... Por lo tanto, estoy completamente con usted sobre la cuestión de la guerra atómica. Me opongo a ella con toda la fuerza de mi conciencia”. En aquel momento, sin embargo, pensó que como religioso ermitaño “fuera del mundo” no se le permitiría firmar la petición en contra de la guerra que Fromm le había enviado. Pero en octubre 1959 en su diario se hace la pregunta: “¿Cuántos cristianos han tomado una postura seria y efectiva contra la guerra atómica?”. Y en julio de 1960 hace crítica de la complacencia americana e infidelidad a los valores profesados en conexión con la carrera armamentista y concluye: “Siento que debo elevar mi voz y decir algo, en público, y no sé por dónde empezar. Y para cuando haya pasado por los censores habrá perdido la esencia de su significado”.

En una de sus declaraciones más importantes sobre la guerra, la “open letter” (carta abierta) a los obispos americanos antes de la última sesión del Concilio Vaticano II, expresó su convicción que “el mundo moderno aún sigue creyendo en la guerra, desde las guerrillas hasta la total e incluso guerra nuclear, mientras que la guerra fría y la violencia por disuasión de amenaza, aparentemente continúa con nosotros como elemento permanente de nuestra civilización” (*Witness to Freedom*<sup>24</sup>). En la última versión de la Constitución sobre la Iglesia en el Mundo Moderno -*Gaudium et Spes*-, implora a los Cardenales que no recurran a las “distinciones de moral pura que pueda atribuirse de evasión o fariseísmo”, evitando interpretaciones que permitiera el uso o incluso el uso amenazante de armas nucleares. Hace un llamamiento a “los obispos y al Concilio de testimoniar claramente y sin ninguna confusión la fe de la Iglesia en el poder del amor de salvar y transformar no solamente al individuo sino a la sociedad”... “declarando la opinión de la Iglesia sobre la guerra moderna a la luz del mensaje escatológico de salvación” más que fijarse simplemente en el contexto de las políticas de las grandes potencias. En su subsiguiente artículo *Gaudium et Spes* cita con aprobación “la condenación por el Concilio de la guerra total en el lenguaje más claro e inequívoco” respaldando su llamada a “una actitud completamente nueva hacia la guerra” y su afirmación de que el hombre debe tomar seriamente y personalmente la

---

<sup>24</sup> Thomas Merton, *Witness to Freedom: The Letters of Thomas Merton in Times of Crisis*, selección y edición de William H. Shannon, Farrar, Straus and Giroux, New York 1994, 352 pp. Es el último volumen de las cartas, de carácter misceláneo, sigue un criterio temático que recoge la correspondencia de Merton sobre 1) arte y libertad, 2) guerra y libertad, 3) su vida y su obra y 4) pensamiento y diálogo religioso, al tiempo que vertebrada la trayectoria de sus pasos más decisivos.

obligación de responsabilizar a toda la raza humana a la abolición de la guerra”. Mientras que Merton reconoce que la lucha para desarrollar esta “actitud completamente nueva” había solamente comenzado, podría darle algo de alivio y satisfacción el hecho de que habiendo sido controversial en su propio caso, la cuestión evolucionó desde una postura oficialmente no permisible hace unos pocos años hasta convertirse en gran parte de la enseñanza oficial de la Iglesia católica<sup>25</sup>.

En su única reflexión ampliada editada sobre la guerra, aparte de la de su autobiografía, en el período temprano de sus escritos, el capítulo “La raíz de la guerra es el temor”, en *Semillas de Contemplación*, Merton enfatiza que solamente el amor a Dios y la confianza en Él puede traernos la paz duradera, "porque solamente el amor -que significa humildad- puede expulsar el miedo que es la raíz de toda guerra" (*Semillas de contemplación*), y vuelve a enfatizar la dimensión de la responsabilidad moral personal en la oposición a la guerra: “En lugar de odiar a las personas que piensas que son los que hacen las guerras, odia los apetitos y el desorden en tu propio corazón, que son las causas de la guerra”. Cuando vuelve al tópico de la guerra en *Nuevas Semillas de Contemplación*<sup>26</sup>, doce años después, conserva muchas de sus antiguas ideas, pero son parte de un capítulo mucho más desarrollado que enfatiza también los mitos colectivos que pintan al enemigo como un demonio, así como la hipocresía, o al menos ceguera moral, que reconcilian el lema “rezar por la paz” escrita en el franqueo de los sellos con la “sumas fabulosas de dinero, planificación, energía, ansiedad y el cuidado que se da a la producción de las armas, las cuales casi inmediatamente se vuelven obsoletas y se convierten en chatarra”. Insiste en la importancia de rezar por la paz, rezar “no solamente porque los enemigos de mi país cesen las guerras, pero sobre todo que mi propio país cese de hacer las cosas que hace que la guerra sea inevitable”. También señala la necesidad de trabajar por la paz, oponiéndose a las “ficciones e ilusiones” que refuerzan el estado moderno, sea comunista o capitalista.

## **La integración final**

---

<sup>25</sup> Para esta última parte de este apartado nos hemos servido de la entrada “Guerra” en el citado *Diccionario de Thomas Merton*.

<sup>26</sup> Thomas Merton, *Nuevas semillas de contemplación*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1963; Sal Terrae, Santander 2002, capítulo 16: “La raíz de la guerra es el miedo”, pp. 69-74.

En este año en que se cumple el cincuentenario de la muerte de Thomas Merton las preguntas que cabría hacerse son: “¿Qué hubiera hecho y escrito si, al menos hubiera vivido unos años más, por lo menos hasta 80 o 90, como es normal hoy? ¿Cuántos volúmenes más de cartas tendríamos, además de los seis ya editados? ¿Hubieran llegado sus obras a más de 100, superando así las 70 de que disponemos? ¿Hubiera aprovechado el movimiento conciliar para, finalmente, salir de su abadía de Gethsemani y “fundar” una nueva comunidad puramente contemplativa experimental? ¿Hubiera sido, con el tiempo, un líder indiscutible de un monacato abierto y en diálogo con las corrientes espirituales de Oriente, un ecumenista de fina sensibilidad para descubrir los valores de todas las religiones? Y, en fin, ¿hubiera sido un profeta, no de anuncios sobre el futuro, sino de orientación religiosa y humanística del presente?

Pero la realidad es que el 10 de diciembre de 1968, a la edad de 53 años muere en Bangkok, a miles de kilómetros de su abadía y es repatriado en un avión militar con los cadáveres de americanos muertos en Vietnam, una guerra que él había denunciado y denostado. Al salir de la ducha tocó un ventilador en mal estado y murió electrocutado. Había ido a Bangkok para una reunión internacional de monjes asiáticos. Un periplo que preparó con ilusión y que describe admirablemente en su libro póstumo *Diario de Asia*.

Cuando el cuerpo de Merton llegó a Gethsemani, lo acompañaba una declaración de los objetos personales valorados en dólares: 1. Un reloj Timex (10\$). 2. Par de gafas oscuras con montura de concha, nada. 3. Un breviario cisterciense encuadernado en piel, nada. 4. Un rosario (roto), nada. 5. Un icono pequeño con la Virgen y el Niño, nada.

Tras la noticia de su muerte se recordaron como es lógico, las últimas palabras de Merton. Después de la conferencia de la mañana, el P. De Grunne dijo a Merton que una monja de la audiencia estaba molesta porque Merton no había dicho nada sobre convertir a la gente. “Lo que se nos pide que hagamos en el momento actual”, respondió Merton, “no es tanto hablar de Cristo como dejar que Él viva en nosotros para que la gente pueda encontrarle sintiendo cómo vive en nosotros”. El icono que Merton llevaba con él contenía sus propias últimas palabras, silencioso por un lado, y en forma de texto en las manos de Merton por el otro:

*Si deseamos agradar al verdadero Dios y ser amigos de la más dichosa de las amistades, dejemos que nuestro espíritu se presente desnudo ante Dios. No*

*dejemos que entre en él nada del mundo presente, ni arte, ni pensamiento, ni razonamiento, ni autojustificación, aunque poseyéramos toda la sabiduría de este mundo*<sup>27</sup>.

Muchos años antes de morir ya se había dado cuenta de una realidad substancial, que reflejó en uno de sus libros, *Semillas de contemplación*:

*... Nuestra vocación no consiste simplemente en ser, sino trabajar, junto con Dios, en la creación de nuestra vida, nuestra identidad, nuestro destino. Somos seres libres e hijos de Dios. Esto significa que no debemos existir pasivamente, sino participar activamente en su libertad creadora, en nuestra vida y en la vida de los otros, eligiendo la verdad... Somos llamados incluso a compartir con Dios a crear la verdad de nuestra identidad. Podemos eludir esta responsabilidad jugando con máscaras, y esto nos agrada, porque a veces puede aparecer una manera libre y creativa de vivir...*

Cuando Merton ingresa en la abadía de Gethsemani el 10 de diciembre de 1941 es un joven y brillante profesor universitario que se presenta a las puertas del monasterio trapense<sup>28</sup> lleno de ilusiones. Lleva un pequeño maletín y tiene cierta conciencia de lo que había en él; pero nunca supondría en ese momento lo que el escritor que iba dentro dando botes y deseando salir le iba a complicar la vida. Pero hay algo que los monjes sabemos muy bien, al cabo de los años, que “lo importante no son los motivos por los que se ingresa en el monasterio, sino aquellos por los que se persevera en él”.

Lo que lleva consigo es una infancia infeliz, una adolescencia marcada brutalmente por la orfandad y una juventud dislocada y finalmente catastrófica emocional y académicamente.

Ya en Estado Unidos, en 1935, Thomas Merton ingresa en Columbia University en enero. El 31 de enero llega su vigésimo cumpleaños. Queda profundamente impresionado por un curso sobre literatura impartido por Mark Van Doren. En el verano, su hermano John Paul y Tom pasan juntos una temporada. En otoño John Paul ingresa en Cornell, y Tom vuelve a Columbia. En 1936 Merton se transforma en editor del anuario del Colegio y en editor artístico de la revista de la universidad: *Jester*. Merton lee mucho, y queda muy afectado por el libro de Etienne Gilson *El espíritu de la filosofía medieval*. Se gradúa en Columbia y comienza a trabajar como M.A. Un día

---

<sup>27</sup> El texto es de la *Philocalia* griega.

<sup>28</sup> “Trapenses”, monjes de una de las dos ramas de la Orden cisterciense, la de la “Estricta Observancia”, nacida en 1892 (OCSO); la otra rama, OCIST, es simplemente Orden Cisterciense.

se encamina a la iglesia del Corpus Christi para recibir instrucción católica, debido a los consejos de sus buenos amigos, y el 16 de noviembre de 1938 es bautizado. En febrero de 1939 Merton recibe su grado de M.A. en Inglés (con una tesis sobre William Blake). Se instala en Greenwich Village, 35 Perry Street. Pasa el verano en Olean, New York, en la casa de montaña de Robert Lax, cuñado de Benji Marcus, juntamente con Edward Rice y Bob Lax. Se dedican a escribir novelas. En octubre, bajo el consejo de Dan Walsh solicita el ingreso en los franciscanos; pero sigue enseñando durante el semestre de primavera en la Columbia Extension School. En septiembre acepta ser profesor en St. Bonaventure College. En 1941 se siente profundamente conmovido tras pasar una Semana Santa en Gethsemani. Una vez que el P. Philotheus Boebner le asegura que no hay impedimento canónico para ser ordenado sacerdote (Merton había engendrado un hijo en los tiempos de Cambridge, y la madre y el niño murieron en un bombardeo en Londres), solicita el ingreso en Gethsemani y es admitido el 10 de diciembre.

Ya no es sólo el hombrecillo escritor el que da botes para salir de la maleta cuando Merton ingresa en el monasterio. Es toda su vida la que se va a “reorientar” hacia un fin obsesivo: saber quién es él en Dios y no quién ha sido él hasta ahora.

Comienza, pues, un largo itinerario de conocimiento, conversión y maduración. No cesará de intentarlo toda su vida, una vida ciertamente compleja para él, una vida que contenía varias vocaciones en una sola, vocaciones a veces en conflicto; pero sin perder nunca el norte magnético de una personalidad comprometida con sus inquietudes.

Unos años más tarde de su ingreso en la abadía escribe:

*No he dudado nunca de mi vocación de ser monje, pero tuve que solucionar muchas cuestiones sobre los modos y los medios, el dónde y el cómo ser monje... (Diarios, 15 de enero de 1966).*

*... La verdad es una cuestión de identidad. La búsqueda humana de la identidad auténtica es la lucha por reconocer quiénes somos en realidad... (Carta a Borís Pasternak).*

Merton reconoce que es difícil comprender “aún la parte más pequeña de la enorme verdad sobre nosotros mismos”. En un mundo en el que abundan las apariencias, engaños y mentiras, confundimos el “ser” con la realidad y la imagen con la verdad. En una entrada escrita en su diario en 1961 describió su vida como “una lucha en búsqueda de la verdad”. En una carta a Jacques Maritain, escrita dos años más

tarde, Merton confesó: “Hay muchos espejismos de los que deshacerse, y hay un ser falso que tiene que volar... Tengo mucho que cambiar todavía antes de que viva en la verdad”. Este “falso ser” es el *ego* del ser exterior. Es como una máscara o un disfraz que oculta el ser auténtico.

En una carta del 10 de noviembre de 1958 al papa Juan XXIII, hace una declaración personal:

*Me parece que, como contemplativo, no necesito encerrarme en la soledad y perder todo contacto con el resto del mundo... También debo pensar en términos contemplativos sobre los movimientos políticos, intelectuales, artísticos y sociales de este mundo –siento simpatía por las honestas aspiraciones de tantos intelectuales de todo el mundo y los terribles problemas a los que se enfrenta. He tenido la experiencia de ver que este tipo de simpatía comprensiva y amistosa de parte de un monje que realmente los entiende, ha producido efectos notables entre artistas, escritores, editores, poetas, etc., que se han convertido en mis amigos sin tener yo que dejar el claustro...*

Una de sus grandes preocupaciones es cómo vivir el presente y no dejarse llevar por las preocupaciones que implica su tarea de escritor. A lo largo de toda su vida monástica Merton se esfuerza en trabajar sobre los diferentes obstáculos que le impiden entregarse plenamente al hoy, al ahora. Así lo formula, por ejemplo, cuando todavía se encuentra en la primera fase de su vida en Gethsemani y se le plantean sus ambivalencias vocacionales, y así escribe el 6 de julio de 1947:

*¿Adónde me dirijo? ¿Adónde voy? La respuesta es: no necesito saberlo. Todos estos problemas proceden de la desconfianza en el amor de Dios. ¿Empezaré de nuevo a hacerme todas esas viejas preguntas? Dios sabe lo que quiere hacer conmigo. Descansar en Su enorme amor, conocer el sabor y la dulzura del amor de Dios expresado momento a momento en todos los contactos entre Él... si es necesario, te guiará a la soledad perfecta cuando Él disponga. Déjasele todo a Él. Vive en el presente.*

La tarea de escribir es su oficio, forma ya parte de su personalísima vocación de monje como una de sus dimensiones esenciales, y como tal la ha asumido. No es, por lo tanto, algo ajeno a su aspiración contemplativa, sino un quehacer esencialmente religioso, valioso a la luz de la eternidad. Y continúa el texto anterior diciendo:

*Dios me da este tiempo para que yo pueda vivir en él. No me es dado para hacer algo que no tenga que ver con él, sino para que lo ponga a buen recaudo en la eternidad como algo mío. Para que esta tarde sea algo mío en la eternidad,*

*debo hacerla mía ahora, y debo poseerme a mí mismo en ella, no ser poseído por libros, por ideas ajenas, por la obsesión de producir algo que nadie necesita. Simplemente he de glorificar a Dios aceptando Su don y Su trabajo. Trabajar para Él es trabajar de manera que yo mismo pueda vivir...*<sup>29</sup>

Parte de la atracción de la obra de Merton es la fuerza y la honestidad con la que relata sus propias luchas y que hacen eco, para muchos de nosotros, en nuestras propias vidas. Muchos de nosotros podríamos identificarnos con sus dilemas y encontrar inspiración en su escritura:

*Si puedo unir en mí mismo el pensamiento y la devoción del cristianismo oriental y el occidental, de los Padres griegos y latinos, de los místicos rusos y los españoles, puedo preparar en mí mismo la reunión de los cristianos separados... Debemos contener todos los mundos divididos en nosotros y trascenderlos en Cristo... Y lo mismo con los musulmanes, los hindúes, los budistas, etc. Hay mucho que se puede “afirmar” y “aceptar”; pero primero uno debe decir “sí” cuando realmente puede*<sup>30</sup>.

La aspiración última del monje y de toda persona, para Thomas Merton, precisamente tendería a confundirse con la del ser humano “finalmente integrado”, en la imagen que el trapense adoptara del psiquiatra iraní Reza Arasteh, autor de una biografía sobre *Rumi, el persa, el sufí*. Merton insistió mucho a lo largo de su vida en que el estado de visión interior que constituye la integración final implica una apertura, una “vaciedad”, una pobreza similar a la que describen con tanto detalle los místicos renanos, san Juan de la Cruz y los primeros franciscanos, sino también los sufíes, los primeros maestros taoístas y los budistas zen. El hombre que llega a la integración final, aunque nos parezca difícil, se ve libre de muchas limitaciones culturales y condicionamientos “locales” que a la mayoría nos resultan difíciles de superar:

*La persona que ha logrado la integración final ya no se halla limitada por la cultura en la que ha crecido. Ha abrazado la ‘totalidad de la vida’... Ha experimentado... la existencia humana ordinaria, la vida intelectual, la creación artística, el amor humano, la vida religiosa. Trasciende todas esas formas limitadas, al tiempo que retiene todo lo mejor y lo universal que hay en ellas... No solamente acepta a su propia comunidad, a su propia sociedad, a sus amigos, a su cultura, sino a toda la humanidad. No permanece atado a una serie limitada de valores de manera tal que los opone a otros adoptando posturas agresivas o defensivas. Es totalmente ‘católico’ en la mejor acepción de la*

---

<sup>29</sup> Thomas Merton, *Diarios 1939-1968*, Ed. Mensajero, p. 124. Y también, *Conjeturas de un espectador culpable*, pp. 190-191.

<sup>30</sup> Thomas Merton, *Conjeturas de un espectador culpable*, p. 33.

*palabra. Posee una visión y una experiencia unificadas de la única verdad que resplandece en todas sus diferentes manifestaciones, unas más claras que otras... No establece oposición entre todas estas visiones parciales, sino que las unifica en una dialéctica o en una visión interior de complementariedad. Con esta visión de la vida, puede aportar perspectiva, libertad y espontaneidad a la vida de los demás*<sup>31</sup>.

Quizá en este último texto pueda resumirse la personalidad de Thomas Merton, su legado y su testimonio de vida. De esa “integración final de la persona” surge la moralidad consecuente y la ética responsable del ser humano.

*Francisco Rafael de Pascual, monje cisterciense  
Abadía de Viaceli  
Cóbreces (Cantabria)*

---

<sup>31</sup> Thomas Merton, *Contemplation in a World of Action: “Final Integration: Toward a Monastic Therapy”*, Doubleday, New York 1971. págs. 225-231. Versión en castellano de Francisco Rafael de Pascual. Ver: “Notas para una filosofía de la soledad”, en Thomas Merton, *Humanismo cristiano: Cuestiones discutidas*, Ed. Kairós, Barcelona 2001.